

cho con seis heridas mal cerradas; á pesar de no apartarse de su memoria la imagen de sus dos hijos, muertos á su lado; mediando tan solo cuarenta minutos de deliberacion, le sentenci6 el tribunal á la pena de muerte, lo mismo que á dos de sus compañeros. Afirmo bajo palabra de honor que eso no ha sucedido en Turquía, sino en América.

No se obra impunemente de esa manera á la faz del mundo civilizado. La conciencia universal tiene los ojos abiertos. Piensen que les está mirando los jueces de Charlestown, Hunter y Parker, los jurados que poseen esclavos y toda la poblacion de la Virginia. Piensen que las miradas de Europa se fijan en este momento en América.

John Brown, condenado á muerte, debia haber sido ahorcado hoy 2 de Diciembre; pero acaba de llegarnos la noticia de que se ha diferido la ejecucion de la sentencia hasta el dia 16. Corto es el plazo é insuficiente para que llegue donde debe llegar el grito de misericordia; pero no importa, es un deber lanzarlo.

Quizás un segundo plazo se le concede despues del primero. La América es un pais noble, y se despierta pronto el sentimiento humano en las naciones libres. Confiamos en que se indultará á John Brown; si así no sucediese, sus verdugos no serian ni el *attorney* Hunter, ni el juez Parker, ni el gobernador Wyse, ni el pequeño Estado de Virginia; su verdugo seria—me extremezco pensándolo—la gran República americana.

En la expectativa de semejante catástrofe se extremece más el corazon cuanto más venera, cuanto más admira esa República. Un solo Estado no puede tener facultad para deshonorar á todos los demás, y es evidente que tiene derecho para impedirlo la intervencion federal; porque si no interviniese la Union, degeneraria en complicidad. Aunque se indignen los generosos de los Estados del Norte, los Estados del Sur los asocian al oprobio de tal asesinato, y todos los que tenemos por patria comun el símbolo democrático, creemos que hasta cierto punto nos alcanza ese compromiso: si se levantara el patibulo el 16 de Diciembre, desde entonces en adelante, ante la historia incorruptible, la augusta federacion del Nuevo Mundo añadiría á sus solidaridades santas una solidaridad sangrienta, y el haz radiante de esa República espléndida tendria por lazo

el nudo corredizo de la horca de John Brown.

Ese lazo mata.

Cuando reflexionamos lo que intentó hacer ese emancipador, ese combatiente en nombre de Jesucristo, y que por eso vá á morir ahogado por la República americana, el atentado adquiere las proporciones que tiene la nacion que le comete; y cuando esta nacion es una de las glorias del género humano y uno de los principales órganos de la civilizacion, que sobrepuja con frecuencia á la Europa en adoptar algunas sublimes audacias del progreso, creemos que John Brown no morirá, porque nos hace retroceder con espanto la idea de que cometa tan gran crimen pueblo tan grande.

Bajo el punto de vista político, el asesinato de Brown seria cometer una falta irreparable; causaria á la Union una herida que podria dislocarla. Seria posible que la ejecucion de esa sentencia consolidara la esclavitud en Virginia, é indudablemente conmoveria á toda la democracia americana.

Bajo el punto de vista moral, parece que eclipsaria parte de la civilizacion humana, oscureciendo lo justo y lo injusto el dia que la emancipacion consumara el asesinato de la libertad.

Yo, que solo soy un átomo, pero que como todos los hombres encierro en mí la conciencia humana, me arrodillo llorando ante la bandera estrellada del Nuevo Mundo, y ruego, juntando las manos, con respeto filial y profundo, á la ilustre República americana, que no falte á la ley moral universal, que salve á John Brown, que destruya el patibulo del 16 de Diciembre y que no permita que se consume á su vista un crimen que supere al primer fratricidio. Es menester que América lo sepa y que reflexione, que si hay algo más espantoso que Caín matando á Abel, es Washington matando á Spartacus.

VICTOR HUGO.

Hauteville-House 2 Diciembre 1859.

John Brown fué ahorcado. Víctor Hugo le escribió este epitafio: *Pro Christo, sicut Christus*. Con la muerte de aquel se realizó la profecía de éste. Dos años despues de la prediccion que acabamos de publicar se *dislocó* la Union americana; estalló la guerra atroz entre el Sur y el Norte.

# 1860

Regreso á Jersey.—Garibaldi,

I.

## Regreso á Jersey.

El 18 de Junio de 1860 se vió en Jersey singular espectáculo. En todas las paredes habia anuncios pegados que decian: *Victor Hugo ha llegado*. Cinco años atrás Jersey le expulsó, y entonces todo el pueblo, con el traje de los dias de fiesta, saludaba á Víctor Hugo en la calle de Saint-Helier.

Hé aquí lo que habia sucedido:

Se verificaba entonces la maravillosa expedicion de los Mil, que deslumbró á Europa. La historia no tiene entre actos. Los libertadores se suceden y se parecen, pero sus destinos son muy diferentes. Tras John Brown aparece Garibaldi. Se trataba en aquellos momentos de ayudar á Garibaldi en su soberbia empresa. Se organizó en Inglaterra una vasta suscripcion, y Jersey pensó que Víctor Hugo, con su elocuente palabra, podria aumentarla. A la sazón la isla estaba avergonzada de haberle expulsado en 1855. Una comision, dirigida por Felipe Asplet y por Derbyshire, presentó á Víctor Hugo una exposicion, firmada por quinientos habitantes notables de Jersey, en la que le suplicaban que volviese á la isla y que en ella hablase en favor de Garibaldi. Víctor Hugo entró en Jersey el 18 de Junio de 1860, y ante una multitud inmensa y conmovida pronunció el discurso siguiente:

“Señores:

Acudo á vuestro llamamiento. Allí donde se levanta una tribuna en favor de la libertad, allí me presento; á ello me

impulsa el instinto, á ello me obliga el deber.

En estos instantes no debe ser nadie indiferente á los grandes acontecimientos que se realizan; necesita la obra augusta de la emancipacion universal, que está empezando ahora, el esfuerzo, el concurso y la fuerza de todos; porque cuando se levanta el grito en todos los pueblos debe tener eco en las entrañas de todos los hombres, y el que solo tiene un óbolo debe darlo á los libertadores, y el que solo tiene una piedra debe arrojarla á los tiranos.

Unos deben obrar, hablar otros y trabajar todos. Manos á la obra, que tenemos el viento propicio. ¡Que alegren á los héroes las alegrías públicas y los entusiasmos de las multitudes! ¡Que los que no combatan con la espada, combatan con el pensamiento! ¡Que ninguna inteligencia permanezca neutral, que ningun espíritu esté ocioso, que encuentren afecto y apoyo los que luchan! ¡Que alrededor del hombre valiente, que está en pié en Palermo, brille una hoguera sobre todas las montañas de la Sicilia y un resplandor en todas las cumbres de las de Europa!

Acabo de pronunciar la palabra tiranos, y pronunciándola, ni exagero ni calumnio al gobierno napolitano. Mejor que mis palabras lo probarán los hechos.

Os suplico que presteis atencion, porque voy á referiros su historia viva, ó mejor dicho, su historia sangrienta.

El reino de Nápoles no tiene más institucion que la policia. Cada distrito tiene una comision de bastonadas.

Los dos esbirros, Ajossa y Maniscalco, imperan á las órdenes del rey; el prime-



ro bastonea á Nápoles y el segundo á Sicilia. El baston es un modo turco de castigar, y ese gobierno además cuenta con la Inquisicion y con el tormento. Con el tormento, no lo dudeis. El esbirro Bruno ata á los acusados la cabeza entre las piernas hasta que confiesan. El esbirro Pontillo los sienta en unas parrillas y enciende fuego por bajo. El esbirro Luis Maniscalco, pariente del jefe, ha inventado un instrumento, en el que introduce el brazo ó la pierna del paciente; en él encaja un espigon y el miembro queda machacado. Otro esbirro suspende á un hombre por las manos á dos anillos que hay en una pared y por los piés á la pared de enfrente; despues salta sobre el hombre y le disloca. Allí tienen dedales que aplastan los dedos de la mano, torniquetes cierra-cabezas, círculos de hierro comprimidos, que hacen salir y algunas veces saltar los ojos. Algunas veces los condenados á estos tormentos se escapan: Casimiro Arsimano huyó, y su mujer, sus hijos y sus hijas fueron sentados en su lugar en las parrillas fatales. El cabo Zafferana confina con una playa desierta; los esbirros llevan sacos á esa playa; los sacos encierran hombres: hunden los sacos en el agua, sosteniéndolos mientras se menean; entonces retiran el saco y dicen al hombre que está encerrado en él: Confiesa. Si rehusa confesar, lo vuelven á hundir en el agua. En Messina, Juan Vienna murió de este modo. En Monreale, un viejo y su hija, acusados de ser patriotas, murieron á latigazos, y á la hija, que estaba embarazada, la hicieron sufrir este castigo desnuda. Un salvaje de veinte años es el que ordena todas esas atrocidades; ese salvaje se llama Francisco II. Todo esto sucede en la pátria de Tiberio.

Sí, un jóven de veinte años comete todos esos actos siniestros. Me inspira profunda compasion pensar en ese miserable reyezuelo, que en la edad en que se ama, en que se cree y en que se espera, tortura y mata. Hé aquí en lo que el derecho divino convierte á un desventurado. El derecho divino reemplaza las generosidades de la adolescencia y del principio de la vida con las decrepitudes y los terrores de su fin; coloca la sanguinaria tradicion como una cadena entre el príncipe y el pueblo, y acumula sobre el recién llegado al trono las irresistibles influencias de la familia. Separad á Agripina de Nerón y á Catalina de Médicis de Carlos IX, y no hubieran sido

lo que fueron quizás ni Carlos IX ni Nerón.

En el momento en que ese jóven heredero del derecho divino empuñó el cetro, se echaron sobre él los dos vampiros Aljossa y Maniscalco, que la historia conoce con los apodos de *Narciso* y de *Palas*: esos dos espectros se apoderan del niño coronado; uno le afirma que gobernar es torturar, otro que la autoridad debe dar bastonazos; la policía le afirman que es tradicional, y para enseñarle de dónde arranca, le recuerdan á su bisabuelo Fernando I, que decia que el mundo debe gobernarse por medio de tres efes: *Festa, Farina y Forca*; le recuerdan que su abuelo, Francisco I, era hombre de emboscadas, y su padre, Fernando II, un ametrallador; ¿tiene que renegar de sus antepasados? Le prueban que debe ser feroz por respeto filial, y él obedece; el embrutecimiento del poder absoluto le estupidiza; por eso tiene hijos monstruosos, y por eso fatalmente los reyes jóvenes continúan dando vida á las antiguas tiranías.

Es preciso libertar á ese pueblo; es preciso librarle de ese rey, y Garibaldi tiene esta mision.

Quién es Garibaldi? Un hombre, pero un hombre en la excepcion sublime de la palabra. El hombre de la libertad, el hombre de la humanidad, *Vir*, como le llamaria su compatriota Virgilio.

Dispone de algun ejército? No; solo le sigue un puñado de voluntarios. ¿Está provisto de municiones de guerra? Tampoco; apenas cuenta con algunos barriles de pólvora. Tiene algunos cañones? Los de los enemigos. Pues ¿en qué consiste su fuerza, qué es lo que le hace vencer, quién pelea con él? El alma de los pueblos. Vá, corre, marcha, es un reguero de llama; su puñado de hombres se arroja contra los regimientos. Sus armas encantan; las balas de sus carabinas hacen frente á las balas de los cañones; combate con él la revolucion, y de vez en cuando, en vez del caos de la batalla, entre el humo y á la luz del relámpago, como si fuera un héroe de Homero, deja ver que está detrás de él la diosa.

A pesar de la terquedad de la resistencia, esta guerra sorprende por su sencillez. Esta guerra significa el asalto que dá un hombre á la monarquía; su enjambre de voluntarios vuela á su alrededor; las mujeres le arrojan flores, los hombres se baten cantando, el ejército real

huye; sus aventuras son formidables y épicas.

Admirad estas etapas radiantes. Os predigo que no dejará de abordarse ninguna en los plazos infalibles del porvenir. Despues de Marsala vendrá Palermo; despues de Palermo, Messina; despues de Messina, Nápoles; despues de Nápoles, Roma; despues de Roma, Venecia, y despues de Venecia, todo.

Señores, Dios dá á Sicilia su actual temblor, y sobre ella se ven flamear el patriotismo, la fé, la libertad, el honor, el heroismo y una revolucion capaz de eclipsar al Etna. Y es magnífico que dé este ejemplo al mundo la tierra de las erupciones.

Admirable espectáculo ofrece el pueblo cuando le llega su hora. No piensa ya en enriquecerse, ni en los intereses materiales, ni en los placeres; le domina el amor propio y el orgullo; se levanta en masa; su actitud amenazadora provoca á los tiranos; la barbarie huye; el despotismo se hunde; la conciencia pública rechaza toda clase de esclavitudes. Las fosas se abren, y se oye el llamamiento de tumba en tumba. Resucitad! Esto es gozar más que de la vida, esto es la apoteosis. En este divino latido, el corazon de los antiguos héroes vencidos se consuela, los ojos de los filósofos proscriptos se llenan de lágrimas, cuando el que está caido se indigna, cuando el que está en tierra se levanta, cuando los esplendores eclipsados reaparecen brillantes y temibles, cuando Stambul se convierte en Bizancio, cuando Sétinah se convierte en Atenas, cuando Roma vuelve á ser la primitiva Roma.

Todos los que aquí estamos aplaudimos á Italia y glorificamos á ese pais de los grandes alumbramientos. *Alma patrens*. En esas naciones los dogmas abstractos aparecen reales y visibles; son vírgenes para el honor y madres para el progreso.

Los que me estais oyendo representais la vision espléndida de la Italia libre; libre desde el golfo de Tarento hasta las lagunas de San Marcos, porque yo afirmo que Venecia gozará tambien de esa libertad. ¿Comprendeis que esa vision actual será una realidad mañana? Sí, lo comprendeis, porque se vá disipando todo lo que era mentira, ficcion y oscuridad. La Italia existe; la Italia, que era ayer un término geográfico, es hoy una nacion; lo que creian cadáver encierra un alma, y el espectro contiene un arcángel, el inmenso arcángel de los pueblos,

la libertad, que se levanta del suelo con las alas desplegadas. La Italia muerta se despierta, se levanta y sonríe al género humano. Dice á la Grecia: Soy tu hija; dice á la Francia: Soy tu madre. Se rodea de sus poetas, de sus oradores, de sus artistas, de sus filósofos, de todos esos consejeros de la humanidad, de todos esos padres conscriptos de la inteligencia universal, de todos esos miembros del senado de los siglos, y tiene á su derecha y á su izquierda á los dos grandes génius, Dante y Miguel Angel. Será inmenso triunfo, majestuoso acontecimiento, maravilloso fenómeno ver que la unidad atraviesa como un relámpago la variedad magnífica de las ciudades hermanas, Milán, Turin, Génova, Florencia, Bolonia, Pisa, Siena, Verona, Parma, Palermo, Messina, Nápoles, Venecia y Roma. La Italia se levanta y marcha, *patuit dea*, se abre y comunica al progreso del mundo entero la fiebre alegre propia de su genio; la Europa se electrizará al contemplar su resplandecimiento prodigioso, y los pueblos verán con tanto éxtasis esta sublime reverberacion en la tierra, como verian reverberar una nueva estrella en el cielo.

Señores, si queremos darnos cuenta de lo que sucederá, al mismo tiempo que de lo que ha sucedido, no debemos olvidar que Garibaldi, que es el hombre de hoy y el hombre de mañana, es tambien el hombre de ayer; antes de ser el soldado de la unidad italiana fué el combatiente de la República en Roma; y á nuestros ojos y á los ojos de cualquiera que sepa comprender, los zig-zags que necesita el progreso para serpentear hácia su objeto y las metamorfosis de la idea al transformarse para reaparecer, 1860 es la continuacion de 1849.

Que las aclamaciones de gratitud de los pueblos acompañen siempre á los libertadores en el camino de sus triunfos. Ayer nos tocó llorar y hoy entonar el *hosanna*. La Providencia establece estos equilibrios; John Brown sucumbe en América, pero Garibaldi triunfa en Europa. La humanidad, consternada ante el infame patíbulo de Charlestown, se tranquiliza ante la flamíjera espada de Catalafami.

Llegó la hora de la alegría y de los abrazos. Olvidemos todas las rencillas y los disentimientos políticos; fijemos únicamente nuestras miradas en la obra sagrada, en la vasta aurora de las naciones emancipadas, y confundamos nuestras almas en esta exclamacion formi-



dable y digna del cielo y del género humano: Viva la libertad! Ya que la América conserva lúgubrementemente la esclavitud y persiste en vivir en la oscuridad, que se ilumine la Europa, y que la civilización del antiguo continente, de la que Voltaire abolió la superstición, Wilberforce la esclavitud y Beccaria el patíbulo, reaparezca con claridad inextinguible ya en lo sucesivo y encienda á gran altura el faro que brilla con tres llamas, con la Francia, con la Inglaterra y con la Italia.

Permitidme que os haga unas cuantas reflexiones para terminar.

¿Cuál es la resultante de esta epopeya espléndida? ¿Qué se desprende de ella? La ley moral y augusta siguiente:

La fuerza no existe. La fuerza no significa nada; solo tiene valor el derecho.

No deben existir más que los principios, no deben existir más que la justicia y la verdad, no deben existir más que los pueblos, no deben existir más que las almas, que son las fuerzas del ideal; solo debe existir la conciencia aquí bajo y la Providencia allá arriba.

¿Qué significa la fuerza? ¿Qué pensador tiene miedo á la espada? Ni la tememos nosotros, los hombres libres de Francia, ni la teméis vosotros, los hombres libres de Inglaterra. El que tiene derecho tiene valor, y nada significan para él la fuerza y la espada. La espada solo es un resplandor repugnante en las tinieblas, pero el derecho es el rayo eterno; el derecho es la permanencia de lo verdadero en las almas, es Dios viviendo en el hombre. Por eso donde está el derecho está la certidumbre del triunfo. Un hombre solo que se arma con el derecho se llama legion; una sola espada que tenga de su parte el derecho se llama rayo. Quien dice derecho, dice victoria. No encontrará obstáculos. No puede imponerse el veto contra la voluntad del porvenir. Ved á lo que ha quedado reducida la resistencia en Europa: la parálisis se apodera de Austria y la resignación de Rusia. Nápoles lucha en vano. El pasado agoniza. La espada se disuelve en humo. Los tres hombres que se llaman Lanza, Landi y Aquila son fantasmas. En estos momentos Francisco II cree quizás que existe todavía; pero se engaña, ya no es más que una sombra, y en vano rehusa capitular y trata de asesinar á Messina como asesinó á Palermo; su reinado ha concluido. Los sombríos caballos del destierro golpean con los pies las puertas de su palacio. Os

repito que solo prevalece el derecho. Si quereis comparar el derecho con la fuerza, fijaos en esta cifra: El 11 de Mayo, ochocientos hombres desembocaron en Marsala, y veintisiete dias despues, el 7 de Junio, en Palermo diez y ocho mil hombres, aterrorizados y fugitivos, se embarcaron: los ochocientos hombres representan el derecho y los diez y ocho mil la fuerza.

Consolaos todos los que sufrís y tranquilizaos todos los que arrastrais cadenas, porque es lógico todo lo que sucede en estos momentos. A todos debe sonreír la esperanza; que espere el mougick, el fellah, el proletario, el pária, el negro vendido, el blanco oprimido; las cadenas forman una red que las sostiene á todas, y cuando una se rompe la malla se deshace. De esto proviene la solidaridad de los despotismos; el Papa es más hermano del sultan de lo que se cree. La libertad es un abismo divino que atrae; las revoluciones son un abismo irresistible. El progreso es un fenómeno de gravitación; quién le contendrá?... Cuando se le dá impulsión es incontenible. Os desaffo, déspotas, á que pareis la piedra que cae, á que detengais el torrente, á que detengais la avalancha, á que detengais á Italia, á que detengais el 89, á que detengais al mundo que Dios precipita hácia la luz.,

Víctor Hugo, ocupándose de John Brown, predijo la guerra civil de América, y ocupándose de Garibaldi, predijo la unidad de Italia. Las dos predicciones se han realizado.

#### CONTESTACION Á UN BRÍNDIS.

Despues del meeting se celebró un banquete, que terminó por un bríndis dedicado á Víctor Hugo; éste respondió:

“Señores:

Ya que estoy de pié, permitidme que no me sienta. Debo dar las gracias inmediatamente al hombre inspirado y cordial, al pastor M. Martin, cuyas palabras elocuentes acabamos de oír. Seré corto. Los sentimientos profundos se expresan con pocas frases, y los corazones emocionados tienen por elocuencia su propia emoción. Estoy conmovido.

El mejor modo de manifestaros mi gratitud es confesaros que profeso gran afecto á Jersey. Os lo confesé ayer, me lo oísteis en la reunion, lo habeis leído en los periódicos y os lo repito ahora; pero

hablo al oído y al corazón de un pueblo, y las naciones son como las mujeres, no se cansan nunca de oír decir: Yo te amo. Salí apesadumbrado de Jersey y volví á entrar con regocijo. Los libertadores ofrecen la maravilla de que algunas veces emancipan más de lo que se proponen. Garibaldi con una piedra ha dado dos golpes; ha hecho salir de Sicilia á los Borbones y me ha hecho entrar en Jersey.

Vuestros aplausos y vuestras interrupciones me conmueven de tal modo, que me faltan palabras para explicaros mi emoción. No sé cómo contestar á la cariñosa acogida que me habeis dispensado, á vuestras simpatías y á vuestro afecto. Tentado estoy de deciros que me dispenseis de manifestaros mi gratitud, ya que todos estais contra mí. En la mitología existía un monstruo fabuloso, un gigante llamado Briareo: pues bien, envidio á ese monstruo, porque quisiera como él tener cien brazos para estrecharos las manos.

Os voy á decir lo que me encanta en Jersey. Pláceme este clima, en el que el invierno y el verano son benignos; sus flores, que nacen en un perpétuo Abril; sus árboles, que son normandos; sus rocas, que son bretonas; su cielo, que me recuerda á Francia; su mar, que me recuerda á Paris. Pláceme esta población que trabaja y que lucha, los hombres bravos que se encuentran siempre en las calles y en los campos, y cuya fisonomía participa de la libertad inglesa y de la gracia francesa, que también es una libertad.

Cuando llegué aquí hace ocho años, recién salido del prodigioso combate político del siglo diez y nueve, naufrago de la catástrofe de Diciembre, encontré en Jersey inesperada, tranquila y sublime paz. Acababa de consumarse el gran crimen político de los tiempos modernos; acababan de ahogar la libertad en la patria de la civilización; venía de luchar contra la servidumbre que quería imponer un hombre á un pueblo, y llegué aquí convulsivo, tembloroso aun de la lucha pasada y jadeante. Jersey consiguió calmarme.

En esta isla encontré el reposo, y aquí, concentrando siempre la cólera sagrada contra el crimen, sentí que la inmensidad traía á mi cólera su apacibilidad serena y me apacigué. En vuestras casas y en vuestras ciudades refleja la bondad humana, y en vuestros campos y en vuestros mares la bondad divina. No olvidaré nunca los primeros dias de mi destierro. Mis compañeros y yo podemos

confesar, ya que hoy nada nos lo impide, que salimos con gran sentimiento de Jersey. Todos teníamos ya en la isla afecciones, unos por ser felices en ella y otros por ser desgraciados. El sufrimiento es un lazo tan fuerte como la alegría. Pueden sufrirse tales dolores en un país de refugio que sea imposible separarse de él, ni aun para regresar á la patria. Voy á deciros qué idea acudió á mi espíritu ayer, ya que esta reunion, al par que íntima, es solemne, y lo que voy á referiros conviene á su doble carácter. Ayer fui con algunos amigos queridos á dar un paseo por la isla, á volver á ver los sitios que preferíamos y que recordábamos. Al regresar de nuestra excursion quisimos satisfacer una idea piadosa y nos dirigimos al cementerio.

Hicimos parar el carruaje que nos conducía ante el Campo de San Juan, en el que están enterrados muchos de nuestros compañeros. Al llegar allí nos hizo estremecer un triste espectáculo. Una mujer, mejor dicho, una forma humana, cubierta con un sudario negro, estaba allí en tierra, más que arrodillada, prosternada, extendida y como abismada en una tumba. Nos quedamos inmóviles, silenciosos, ante aquel dolor majestuoso. Aquella mujer, despues de rezar, se levantó, cogió una flor que nacía entre la yerba del sepulcro y se la guardó en el corazón. Entonces reconocimos aquella faz pálida, aquellos ojos inconsolables y aquellos cabellos blancos: era una madre, era la madre del joven proscrito Felipe Faure, muerto hace cuatro años en la brecha santa del destierro. Hace cuatro años, todos los dias aquella madre vá al cementerio, se arrodilla y besa una fosa. Probad á impedir que vaya allí, decidla que puede volver á Francia, á su patria; ¿qué le importa á aquella madre? Decidla: Este no es vuestro país. No os creará. Decidla: No habeis nacido aquí. Ella os responderá: Pero aquí ha muerto mi hijo. Enmudecereis ante esta respuesta, porque la patria de la madre es la tumba del hijo.

Ved aquí, señores, cómo puede quererse á una tierra que no es nuestra patria con toda nuestra alma, que está ya confundida con la de Jersey. Aquí hemos enterrado á nuestros amigos muertos. No hay tierras extranjeras; en todas partes la tierra es la madre tierna y severa del hombre. En todos los sitios en los que el hombre amó, lloró y sufrió, esto es, en todas partes, está en su propio país.



Al brindis que me habeis dedicado voy á contestar. Brindo por Jersey, por su prosperidad, por su engrandecimiento industrial y comercial, y sobre todo por su engrandecimiento intelectual y moral.

Hay dos cualidades que dan á los pueblos grandeza y simpatías; estas dos cualidades son la libertad y la hospitalidad: la hospitalidad era la gloria de las naciones antiguas y la libertad es el esplendor de las naciones modernas. Que conserve Jersey estas dos coronas, ya que las posee. Que las conserve siempre.

Vigilad, vigilad para no perder nunca vuestra libertad y no permitais que nadie atente contra ella, ya que en esta dichosa isla resplandecen la hermosura y la independencia. No estais solo en la isla para vivir en ella y para gozar de sus encantos; estais tambien aquí para cumplir vuestro deber. Dios se encargará de que permanezca siendo hermosa; vuestras mujeres de que siga siendo feliz, y vosotros os encargareis de que continúe siendo libre.

Conservad tambien religiosamente la hospitalidad. Las naciones hospitalarias están dotadas de cierta gracia augusta y venerable. Sirven de ejemplo, y en el vasto y tumultuoso movimiento de los pueblos, no solo dan hospitalidad, sino que forman la educacion; la hospitalidad que ofrecen las naciones es el principio de la fraternidad entre los hombres.

Sed siempre hospitalarios. Que honre esta funcion sagrada enternamente á la isla, y permitid que la asocie á Guernesey, su hermana, y á todo el archipiélago de la Mancha. Es una grandiosa tierra de asilo, si no por su extension, por el número de refugiados de todos los partidos y de todas las pátrias, á los que desde hace tres siglos ha prestado abrigo y consuelo. Conseguí ser el archipiélago bendito y salvador. Dios os ha colocado en estos sitios para que admitais en vuestros puertos á las naves que azota la tempestad y á los corazones de los hombres que azota el destino. Que no tenga límites vuestra hospitalidad; no discutais nunca al que venga á pedir asilo y admitidle sin examinarle, porque todo el que sufre es digno de la hospitalidad. Los proscritos de Francia que nos encontramos aquí no hemos causado mal á nadie; hemos defendido el derecho y las leyes de nuestro pais; hemos cumplido el mandato del pueblo como nos dictaba la conciencia; sufrimos persecuciones por defender la justicia; nos

habeis acogido bien; pues acoged del mismo modo en vuestros puertos á toda clase de naufragos. Si los buenos sufren desastres, los culpables tropiezan con escollos, porque el que causa el mal no siempre triunfa. Si alguna vez llegan á vuestras playas vencidos los defensores de una causa injusta, recibidles como nos habeis recibido. La desgracia es una de las formas santas del derecho; de los pueblos vencidos no exceptúo á nadie. Puede suceder que entre los vencidos que las grandes tempestades ó las grandes mareas del porvenir arrojen á vuestras costas, se encuentre nuestro proscrito, expulsado á su vez de Paris. Si eso sucede, sed con él clementes, como habeis sido justos con nosotros; si llama á vuestra puerta, abridsela y decidle: "Los que vos proscibisteis nos han suplicado que os concedamos asilo en esta isla, y os lo concedemos."

## II.

*El Progreso*, periódico de Puerto-Príncipe, publicó la carta siguiente, que escribió Víctor Hugo á M. Heurtelou, redactor en jefe de *El Progreso*, respondiendo á las gracias que éste le dió por haber salido á la defensa de John Brown:

"Sois, señor, noble muestra de la humanidad negra, tanto tiempo oprimida y despreciada.

La misma alma encierra el cuerpo de todos los hombres desde un extremo al otro de la tierra, y los negros de vuestro temple lo prueban. ¿Existieron muchos Adanes? Los naturalistas pueden discutir esta cuestion; lo indudable es que no existe más que un Dios. No existiendo más que un padre, todos somos hermanos.

Por defender esa verdad murió John Brown en el patíbulo; por defenderla luchó sin tregua. Me lo agradeceis con palabras tan cariñosas que me han conmovido.

No debe haber en la tierra blancos ni negros; no debe haber más que espíritus. Para Dios todas las almas son blancas.

Tengo entusiasmo por vuestro pais, por vuestra raza, por vuestra libertad, por vuestra revolucion y por vuestra República. La magnificencia de vuestra isla halaga á las almas libres, y acaba de darnos el gran ejemplo de destruir el despotismo. Tambien os ayudará á destruir la esclavitud, que desaparecerá bajo todas las formas. No es á John Brown á

quien los Estados del Sur acaban de matar; lo que acaban de matar es la esclavitud.

Desde ahora puede considerarse como rota la Union americana, á pesar de lo que dice el mensaje del presidente Buchanan. Esto me apesadumbra, pero será así; entre el Sur y el Norte se interpone el patíbulo de Brown. No hay solidaridad posible. De un crimen no son responsables dos.

Continuad consolidando vuestra generosa revolucion; persistid en ella con vuestros dignos conciudadanos. Haiti es hoy una antorcha, y es conveniente que se vea que un negro lleva en la mano una de las antorchas del progreso que alumbran el camino de la humanidad.

Vuestro hermano,

VICTOR HUGO.

Hauteville-House 31 Marzo 1860.,